

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVILJANO

El gran comunicador

EN un artículo de propaganda sobre el Tratado de la Unión, publicado en «El País», el Presidente del Gobierno afirma que «las decisiones se toman con, por y para los ciudadanos, verdaderos destinatarios de las mismas. POR TANTO, de manera EFICAZ, sin poner en peligro el proyecto COMUN». Aunque fuera cierta la premisa (todos saben que las decisiones no se toman «con» ni «por» los ciudadanos), no se comprende el «por tanto» que relaciona la democracia decisional con la eficacia de las maneras o la garantía de los fines. La frase, como todas las suyas, carece de sentido. La democracia es una forma de gobierno y un método de tomar decisiones. Como forma de gobierno, los ciudadanos se limitan a elegir sus representantes. Como método de tomar decisiones, éstos aplican la regla de la mayoría para formar la voluntad de los órganos colegiados. Si la eficacia fuera su objetivo, no habría nacido la democracia decisional. Que es mucho más costosa y menos eficaz que la decisión personal de uno (dictadura) o la de pocos por consenso (oligarquía). Y el método democrático, entre representantes unidos por un interés de clase política, no garantiza el interés común de la sociedad. La democracia tiene, por fortuna, otros fundamentos más valiosos.

Muchas personas viven en contradicción de lo que dicen con lo que hacen. Pero, sin ánimo de hacer reír, pocas logran hablar para convencer, basándose en contradicciones o causaciones sin sentido. Para lograr la proeza idiótica de hablar sin decir nada («cambio del cambio»), hay que tener una tramoya cerebral capaz de dar sentido a la incoherencia del lenguaje, como en el amor, con la coherencia del instinto. Una mentalidad para comunicar, con el absurdo expresado, la lógica del preconcepto omitido, y para revalidar la nulidad del juicio personal con la validez de un prejuicio general. Nadie ha interpretado como Felipe Gonzalez lo que define el paso a la libertad en las sociedades arcaicas: el instinto de miedo, el preconcepto del realismo gobernante que no admite alternativa al programa de gobierno, el prejuicio de que más vale pájaro en mano que una idea volando. Para mantener secuestrada la democracia en el zulo oligárquico, se necesitaba que un comunicador nato de esas emociones primitivas implantara, en el medio cultural, la incoherencia, el absurdo y la nulidad del lenguaje político. La confusión, y no la mentira que, por ser tan clara en su lógica como la verdad, es refutable, excluye el debate sobre el poder. Un debate que no ha tenido lugar porque esto, estimable Subirats, en ningún momento ha sido democracia.

La confusión que introduce la ambición personal de poder, en una sociedad y en una mente vulgarmente prejuiciosas, no es típica del espíritu español ni de los tiempos posmodernos. En todas las épocas de transición sin ruptura encontramos el tipo de sociedad de placer, que immortalizó Maquiavelo en una sátira llena de moralidad y de gracia. El creador de la ciencia política redactó la Constitución de una sociedad ideal en el Renacimiento, cuyas prescripciones son descripciones de lo que sucede y valora en la transición española. «Está expresamente prohibido hablar bien los unos de los otros, bajo las penas establecidas para los delincuentes». «Está prohibido observar silencio: cuanto más se parlotee, y más confusamente, más loable será». «Cada uno, para valorarse mejor, deberá presumir de lo que no tiene y no hace; si llega a decir la verdad, y a descubrir así su miseria, será castigado». «No se manifestará jamás ningún signo externo de lo que se siente en el alma; quien sepa disimular mejor o mentir más merecerá más elogios». «Aquél que despachará el mayor número de palabras para no decir nada recibirá el mayor honor y se le hará el mayor caso». La presidencia corresponderá, naturalmente, a la «nariz más larga». Y «la minoría gobernará a la mayoría», como pretende la propuesta electoral del oligarca extremeño.

TRIBUNA LIBRE

La Europa de Maastricht que hoy llega

[JAVIER RUPEREZ]

HOY entra en vigor el Tratado de Maastricht constitutivo de la Unión Europea. Y más allá de la a veces confusa algarabía que precedió su firma y ha acompañado el proceso de sus ratificaciones, y más acá de las incertidumbres políticas, económicas e incluso históricas que han marcado los casi dos años transcurridos desde su firma, es necesario recibir la noticia con el sobrio regocijo que merecen las grandes ocasiones. La noción de Europa identificada con la consecución de mayores cotas de libertad, prosperidad y racionalidad para todos sus ciudadanos, abierta en su concepción y en sus horizontes, cargada de esperanzas positivas y ejemplares para el resto de la humanidad, esa Europa, digo y escribo, conoce hoy, 1 de noviembre de 1993, un impulso decisivo. Este es uno de los momentos para recordar la motivación esencial de los esfuerzos unitarios que dieron lugar a la construcción europea tras la II

Guerra Mundial y que no pretendieron otra cosa que desterrar del territorio continental las contiendas que en pocos decenios le habían ensangrentado hasta la hecatombe. Y precisamente ahora, cuando una parte de ese mismo territorio, el de la antigua Yugoslavia, vuelve a conocer el horror y la barbarie, —e importa poco que no sea técnicamente parte de la CEE, porque sí lo es de la geografía, y de la historia, y del alma de Europa—, es bueno recordar el sentido último y esen-

cial que ha inspirado, y sigue inspirando la construcción europea.

Que la magia y el sentido profundo de la celebración, sin embargo, no consigan deformar las proporciones de la realidad o las exigencias del presente y del futuro es tarea indispensable y recordatorio imprescindible. Porque de nada servirá la exclusiva invocación europeísta para encauzar su propio y generoso aliento y menos para la solución de los pesados nubarrones que hoy cubren el viejo solar. La crisis no retira su manto de incertidumbre y el europeo, que otrora se inclinara con optimismo transfronterizo sobre su futuro, hoy se refugia con miedo en las nieblas triviales del nacionalismo, mientras se generaliza la desconfianza y se profetiza un nuevo catastrofismo milenarista, y se teme al extraño que nos llega. Unos dirán que toda la solución es europea, otros que cualquiera menos precisamente ésa.

La Europa que sí tiene la solución está hecha de exigencia, de tolerancia, de responsabilidad, de administración austera, de reclamación moral, de solidaridad

El europeo,
otrora optimista
sobre su futuro,
hoy se refugia
con miedo en el
nacionalismo

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

La mejor crítica es la que nos hace pensar como hace el señor García-Trevijano y en eso deberíamos de andar los humanos.

JUAN RICO LENZA
Santiago de Compostela

*

Un silencio que no es nada inocente

Sr. Director: Felicitamos a EL MUNDO por informar sobre la marcha que realizamos los trabajadores de RTVE el pasado día 23.

En cambio, estamos perplejos por la falta de interés de los servicios informativos de todas las cadenas de televisión, públicas o privadas, que han silenciado un hecho que atañe directamente a ese sector.

La crisis del sector audiovisual afecta a la casi totalidad de las empresas públicas europeas que cuentan, sin embargo, con el apoyo mayoritario de la opinión pública en sus respectivos países.

No es ése el caso en España, donde esta crisis se ve agravada, además de por no contar con un sistema de financiación mediante canon, por la

indiferencia de los medios de comunicación y la falta de un debate político riguroso.

Nos parece que esta situación es grave porque puede contribuir a que todos perdamos el único marco audiovisual institucional capaz de ofrecer una programación con contenidos estéticos y éticos que nos protejan de la telebasura.

CLARA ISABEL FRANCA
y 11 firmas más
Madrid

*

La imagen de España en California

Sr. Director: Con gran asombro he leído en esta sección carta bajo el título «Mantener la imagen de España en California» y como español residente en Los Angeles me permito hacer el siguiente comentario:

Espero que el nuevo cónsul de España pueda reparar los daños que la presencia de don Eduardo Garrigues ha significado para la imagen de España en California y que muchos hemos padecido.

Su polémica gestión no sólo se reflejó en varias ocasiones en el

periódico Los Angeles Times (para vergüenza de los que lo leíamos) sino incluso en el traslado de las propias oficinas del Consulado, que pasaron de un lujoso edificio a unos pasos de Beverly Hills a un local con aspecto de hospital, la antigua sala de recepción con gran mesa y cómodos sillones ha sido sustituida por un cuarto donde el público rellena los formularios sobre tablas haciendo equilibrios sobre sus rodillas.

La asistencia era pésima, y no por la buena voluntad de los empleados, para hacer un simple poder notarial, dado que «el cónsul sólo firma poderes una vez a la semana y hay larga lista de espera» me vi obligado a trasladarme al Consulado en San Francisco.

Podría citar cientos de ejemplos de españoles que intentaron en vano consultar algo personalmente a este «cónsul invisible». Confío en que el nuevo representante de España atienda a la importante colonia española tal y como se merece.

J. FELIPE SERRANO
Madrid

*